

¿Legionarios de la revolución o una viruela social? El debate público sobre los obreros cesantes albergados en Santiago de Chile, 1919-1922¹

Legionaries of the revolution or a social smallpox? The public debate on the unemployed workers housed in Santiago de Chile, 1919-1922

Oscar A. Acosta Torres²

RESUMEN: Tras la crisis del salitre de 1919 en Chile, miles de obreros fueron albergados en Santiago por disposición del gobierno en turno. Este artículo explora las prácticas políticas que ejercieron estos obreros y analiza el debate público que se generó al respecto. El objetivo es mostrar que la presencia en la capital de los obreros cesantes, a quienes se les caracterizaba como agentes revolucionarios, acrecentó la tensión entre las distintas fuerzas políticas como la vieja oligarquía parlamentaria, el Partido Obrero Socialista y Arturo Alessandri. Para ello se consultaron y analizaron fuentes hemerográficas y documentos de la Dirección General del Trabajo.

¹ Para la elaboración de este artículo se contó con el apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología para realizar una estancia de investigación en Santiago de Chile.

² Mexicano. Maestro en Historia Internacional, Centro de Investigación y Docencia Económicas. Coordinador académico y docente del Área de Historia en el Instituto Botticelli, Morelos, México. Correo electrónico: oscacosta1991@gmail.com / Registro ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5410-1681>

PALABRAS CLAVE: Obrero, Albergado, Revolucionario, debate público, Santiago de Chile.

ABSTRACT: After the saltpeter crisis of 1919 in Chile, thousands of workers were sheltered in Santiago by order of the government in turn. This article explores the political practices that these workers exercised and analyzes the public debate that was generated regard this practices. The purpose is to show that the presence of unemployed workers in the capital, who were characterized as revolutionary agents, increased the tension between different political forces such as the old parliamentary oligarchy, the Socialist Workers Party and Arturo Alessandri. This article is based on the analysis of newspaper sources and documents from the General Directorate of Labor.

KEYWORDS: worker, sheltered, revolutionary, public debate, Santiago de Chile

Introducción

A lo largo de la Primera Guerra Mundial y los años de posguerra, la economía chilena sufrió múltiples y variadas fluctuaciones que afectaron a distintos sectores de la población. Decenas de miles de obreros de la industria del salitre, la más importante en aquellos años, quedaron desempleados, generando así una profunda crisis de cesantía. Ante esto, las autoridades intentaron colocar a los trabajadores desempleados en otras faenas agrícolas y de construcción, principalmente en el centro y sur del país. No obstante, la imposibilidad de darle otra ocupación a todos los cesantes obligó a la clase gobernante a pensar en otras vías que pudieran servir como paliativo de la crisis. Una de ellas fue el establecimiento de “albergues fiscales” en las ciudades de Santiago y Valparaíso; la cesantía y las condiciones de vida de estos nuevos albergados llegados del norte del país ocuparon un lugar importante en el debate de la cuestión social, la cual hace referencia a los problemas de vivienda, salud, educación y organización de los sectores obreros, como resultado de un previo proceso de industrialización (Morris, 1967, p.79).

Este artículo explora las prácticas políticas que ejercieron estos obreros albergados en Santiago y analiza los discursos y representaciones que se crearon sobre ellos desde la prensa y los debates públicos. A través de este análisis se de-

muestra que la presencia de los obreros cesantes del norte salitrero en la capital del país acrecentó la tensión entre las distintas fuerzas políticas como la vieja oligarquía parlamentaria, el nuevo Partido Obrero Socialista (POS) y la figura de Arturo Alessandri Palma, quien llegó a la presidencia en 1920. Al ser considerado un agente revolucionario por la mayoría de la opinión pública –pues en el norte ciertamente existían importantes organizaciones obreras de carácter socialista–, la figura del albergado generó expectativas y entusiasmo entre los dirigentes del POS y de la Federación Obrera de Chile (FOCH); pero también aumentaron los temores de la élite política y empresarial, que no tardó en reaccionar a través del desprestigio y control de los obreros cesantes.

Al ser un caso tan específico, la historia de los obreros desocupados del norte salitrero ha sido abordada de manera tangencial por importantes obras sobre la historia social y económica del salitre y sus relaciones de producción, tales como los de Stickell (1979) y Monteón (1982). El primer historiador que prestó atención detallada y específica al fenómeno de los albergados fue Julio Pinto. En su texto “Donde se alberga la revolución: la crisis salitrera y la propagación del socialismo obrero (1920-1923)” (Pinto, 2007, pp. 183-232), el autor sugiere que los albergados fueron agentes de difusión y propagación del movimiento socialista en las regiones del centro y del sur del país. Esta aportación discute con la tesis de Peter DeShazo (2007), quien en su clásica obra *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*, propone que en las ciudades de Santiago y Valparaíso el proletariado socialista tuvo una influencia menor dentro del movimiento sindicalista, a diferencia de la notable presencia del anarquismo. Otro historiador que está de manera implícita en la discusión es Sergio Grez (2011), autor que en su *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)* describe y analiza la agencia de los albergados para escenificar el clima de agitación política que se vivió principalmente en Santiago. El presente texto se inserta en esta discusión historiográfica sobre el papel que tuvieron los albergados como sujetos políticos organizados, enfatizando en las percepciones y reacciones que se generaron en torno a ellos, en un clima de particular agitación social.

Los diarios y revistas fueron una fuente esencial para acercarse al debate que se generó en torno a los obreros albergados. Para la realización de la presente investigación, se consultaron distintas fuentes hemerográficas que permitieron obtener las distintas opiniones y puntos de vista sobre el problema de la cesantía y los albergues fiscales. En este sentido, se consultaron semanarios, periódicos y revistas como *Sucesos*, *Vida Nueva*, *El Diario Ilustrado*, *El Mercurio* y *El Despertar de los Trabajadores*.

Como se verá más adelante, el problema de los albergados llegó directamente a las Cámaras de Senadores y Diputados, en donde hubo ríspidas discu-

siones al respecto. Por ello, los diarios de debates de estas instituciones fueron una valiosa fuente documental, que deja entrever las posturas ideológicas de los funcionarios manifestadas en sus discursos de solidaridad o rechazo a las prácticas o actitudes de los obreros albergados. Finalmente, la investigación se complementa con documentos oficiales de la Oficina del Trabajo, institución que se encargó de regular el movimiento de los obreros cesantes tanto en los albergues como en alguna otra faena.

Prácticas y discursos en torno a la revolución

La primavera de 1921 fue motivo de fiesta y desfile. El semanario *Sucesos* relata que la gente salió a las calles con coloridos disfraces celebrando el término del crudo invierno y la llegada de los días cálidos. Disfrazados de cruzados, de mexicas, de chinos del siglo XII, de persas, cortesanos, romanos, cowboys, marqueses, mariposas, Sanchos y Quijotes, los santiaguinos disfrutaron una semana “llena de bullicio y algazara”. Y entre las familias, los estudiantes y los políticos, se vislumbraba también el desfile de los albergados. Durante tres días, hombres, mujeres y niños de los albergues caminaron por la Alameda con banderas rojas cantando *La Internacional*, en la cual, dice el semanario, “se predica la revolución social y el degüelle de los burgueses”. Ante esto, el presidente Arturo Alessandri “quiso seguirles el humor” y les dijo desde los balcones de la Moneda que fueran al Senado a pedir, con muchísimo respeto, leyes que mejoraran sus condiciones de vida. Ahí, en el Congreso, los albergados se encontraron con el señor Enrique Zañartu, entonces senador por Concepción, quien en su inútil intento por hablar y apaciguar a la multitud, los albergados lo “pifiaron duro y parejo” disparándole piedras (*Sucesos*, 20 de octubre de 1921, s.p.).

Este hecho tuvo resonancia inmediata y al día siguiente ya se estaba discutiendo en la sesión del Senado. El senador Zañartu relató que “al terminar la sesión y estando yo dispuesto a retirarme a mi casa [...], vi que había a las puertas de esta Cámara unas 400 o 500 personas, quienes esperaban hablar conmigo [...] Alcancé a decir dos palabras, cuando los directores de la manifestación ahogaron mi voz con gritos descomedidos impidiendo que la gente del pueblo que iba engañada, me oyera como deseaba hacerlo”. (Diario de sesiones de la Cámara de Senadores, 14 de octubre de 1921, p. 93). Zañartu señaló como responsable al Ministerio del Interior de lo acaecido la noche anterior, ya que él era quien debía de impedir a toda costa que por algún motivo alguien llegara a vejar a los miembros del Senado de la República. Además expresó que él de antemano sabía que el presidente de la República era irresponsable, “pero su irresponsabilidad no puede llegar hasta permitírsele que continúe desde los balcones de la Moneda provocando los sucesos que se han producido”. Los senadores Bulnes, Concha

Subercaseux, Bañados, Valenzuela, Briones Luco y Huneeus se solidarizaron con Zañartu y reiteraron que no era posible continuar sesionando bajo la presión de las turbas al exterior del Senado: “Paréceme que en estos precisos momentos muchos de mis honorables colegas alcanzan a oír nuevamente el eco de los gritos de la multitud que se agolpa alrededor del edificio del Congreso Nacional, lo que es intolerable [...] Si las multitudes rodean este edificio yo me opongo a que el Senado oiga a los señores Ministros mientras no se despejen totalmente las calles adyacentes al Congreso”, expresó Huneeus, senador por Santiago (Diario de sesiones de la Cámara de Senadores, 14 de octubre de 1921, p. 96). Al final del día, dice la nota de *Sucesos*, los senadores tanto unionistas (oposición a Alessandri) como aliancistas, se pusieron de acuerdo en echar toda la culpa a los albergados, “que de puro aburridos salen a divertirse a las calles y ante el Senado” (Sucesos, 20 de octubre de 1921, s.p.).

El hecho de que en 1921 los albergados marcharan con banderas rojas por la Alameda de las Delicias y que los medios impresos de la elite política manifestaran un temor por la violencia y la revuelta, no es, en absoluto, un motivo de sorpresa. Desde 1917, la radicalización del movimiento obrero organizado fue contundente y la reacción de conservadores y liberales, guiada en cierta medida por una incertidumbre o miedo, lo fue quizá todavía más. En términos económicos, los años de 1918-1921 fueron tiempos duros para la clase trabajadora chilena. Debido a que sus sueldos bajaron notablemente y el costo de vida aumentó exponencialmente, su poder adquisitivo se vio trastocado de manera directa. Ante ello, se llevaron a cabo múltiples manifestaciones y huelgas a lo largo del país. Tan sólo entre 1917 y 1921 se presenciaron alrededor de 146 huelgas en Santiago y Valparaíso, de las cuales más de 50 fueron intervenidas por la policía o por el ejército para sofocarlas por la fuerza (DeShazo, 2007, p. 370). Esos tiempos agitados también fueron difíciles para una élite política y empresarial que, temerosa pero nunca apacible, expresaba una profunda incertidumbre.

Al analizar el imaginario de la élite liberal y conservadora en el difícil año de 1919, Isabel Torres (2010, pp. 58-59) explica que el centro del discurso sobre la crisis nacional no se refería a la cesantía producida por la crisis económica, sino que la crítica situación estaba definida por un carácter político. Se criticaba la ineficacia del sistema político y la ineptitud de sus dirigentes; esto, a su vez, fomentaba entre los obreros el crecimiento del “espíritu revolucionario”, el cual era alentado además por los abusos del parlamentarismo y la decadencia de los partidos. Torres afirma que la retórica dramática expresada en esta prensa es exagerada en cuanto a la explicación del presente: “Efectivamente existía una situación crítica especialmente en el terreno económico pero no se trataba de que la sociedad no funcionara o el orden estuviera derrumbado” (2010, p. 55). No

obstante, si bien la prensa tanto de la élite política como la de las federaciones obreras tendía a exagerar los hechos de su presente, resulta importante explicar el porqué de esa tendencia. Entender el ambiente agitado que se vivía en la ciudad de Santiago permite contextualizar más adecuadamente el carácter político de los albergados y las denominaciones discursivas que se emitían al respecto.

En las vísperas de 1920 existían ya amplias y numerosas organizaciones que reunían a obreros de diferentes gremios y oficios. Sin duda, la más importante fue la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN), cuya creación mostró el alto grado de organización política de distintos sectores de la sociedad chilena. Compuesta por más de 80 organizaciones, en las que se incluían mutuales, federaciones obreras, de estudiantes y organizaciones de resistencia, la AOAN formuló un proyecto de soberanía popular en el cual se ponían de manifiesto las demandas obreras y estudiantiles frente a los problemas sociales y económicos. Algunas peticiones esenciales de la AOAN eran la abolición del impuesto a la carne argentina, reducir los costes del transporte de alimentos por Ferrocarriles del Estado, el establecimiento de ferias para la venta libre de alimentos y la entrada libre a Santiago de ciertos productos como arroz, azúcar, té y café (De Diego, Peña y Peralta, 2002, pp. 231-240). Para distintos políticos y dirigentes, la AOAN parecía preludear una “revolución futura” (DeShazo, 2007, p. 231).

Por otra parte, resulta importante resaltar que para estos años los estudiantes aparecían ya como un actor político relevante y sumamente cercano a la clase trabajadora chilena, participando directa y activamente en las reuniones de la AOAN. Desde los primeros años del siglo XX la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) llevó a cabo diversas actividades que expresaron una enorme solidaridad con los sectores obreros y populares urbanos. Ejemplo de ello es la fundación de la Universidad Popular Lastarria en 1912 y del Liceo Nocturno Federico Hanssen, proyectos estudiantiles que tenían como objetivo educar de manera gratuita a los trabajadores de Santiago. Igualmente, entre 1917 y 1920, la FECH ayudó a la clase obrera de Santiago financiando publicaciones; los estudiantes de medicina instalaron clínicas a bajo costo para los trabajadores y sus familias; y los abogados defendieron de manera gratuita a los dirigentes obreros que eran arrestados (Acosta, 2019, pp. 201-202).

Los estudiantes de esta federación se enfrentaron a una campaña de desprestigio por parte de algunos medios fundados por el destacado empresario y político Agustín Edwards Mac-Clure (*Zig-Zag*, *Las Últimas Noticias* y *El Mercurio*), y otros como *El Diario Ilustrado* y *La Unión*, voceros de la iglesia católica, en los cuales participaban activamente personajes como el senador del Partido Conservador Rafael Luis Gumucio (ver Moraga, 2007, pp. 272-274). A su vez, la campaña de desprestigio hacia la agitación social obrera provenía también de los grandes

grupos de empresarios. La Asociación Nacional del Trabajo, por ejemplo, tuvo el propósito de combatir la expansión de sindicatos y, de ser posible, deshacer los que ya se habían establecido previamente. DeShazo (2007, p. 93) explica que la principal táctica de la Asociación para lograr eso fue “golpear la base organizativa de los sindicatos por medio de las listas negras y los *lockouts* y, al mismo tiempo, tildar a los sindicatos más eficientes o poderosos de <<subversivos>>, <<bolcheviques>> o <<anarquistas>>”.

Alrededor de estos años, diversos locales de periódicos y organizaciones socialistas y anarquistas fueron allanados en distintas ciudades del país. Tal fue el caso de las sedes de *El Surco* y *El Despertar de los Trabajadores* en Iquique, de la Industrial Workers of the Word (IWW) en Valparaíso (Lagos, 2012, pp. 19 y 42), y de la propia Federación de Estudiantes en Santiago, entre otras. Las prácticas estatales de persecución y represión alcanzaron un punto climático con la detención de dos anarquistas: el estudiante José Domingo Gómez Rojas (Moraga, 2007, pp. 274-277) y el zapatero Julio Rebosio. Gómez Rojas murió a causa de las brutales torturas durante dos meses de encarcelamiento y Rebosio se suicidó después de un duro y largo periodo de juicios, prisiones y privaciones (Muñoz, 2011, pp. 27-28). A ambos se les acusaba de subversivos, enemigos de la patria y se les consideraba enemigos del Estado chileno (ver Craib, 2016, pp. 81-131).

Es importante mencionar que el asedio a la subversión obrera no necesariamente estaba dirigida a todo el proletariado chileno. *Vida Nueva* publicó un artículo que envió “un obrero” que argüía sobre la importancia de trabajar y ser industriosos, lo que implicaba no hacer manifestaciones, huelgas o revueltas para que el capital diera sus frutos y se reflejara en la calidad de vida de los mismos trabajadores. Se llamaba a deponer las armas y dejar la guerra: “con la violencia y la acción no se arregla nuestra situación. Repito, transijamos y el capital dará oídas a nuestras súplicas porque sabe que nosotros, los productores, los *edificadores*, somos la base, la vida, *el alma del progreso* y de ningún modo pretendería que nosotros tuviéramos que luchar con dificultades” Más aún, “el obrero” que escribió el artículo contrapone a los buenos obreros, que son los industriosos y el “*alma del progreso*”, de los malos, los agitadores: “Es imposible tratar con individuos que pretextando reivindicaciones proletarias, sólo aspiran al desconocimiento de las leyes fundamentales del país y a vivir del trabajo de sus mismos compañeros, propagando la revolución social” (*Vida Nueva*, 2 de noviembre de 1921, p. 5). La profesión de estos individuos, la de “agitador”, expresa el semanario en otro número, “es la más diabólica porque el agitador corrompe a los buenos obreros, porque aleja toda esperanza de arreglo racional y pacífico, porque se enriquece con todo lo que pierde el obrero, el capital y la Nación. Es

la profesión que debe suprimirse porque es de hombres sin alma y sin conciencia” (Vida Nueva, 25 de octubre de 1921, p. 8).

Como se verá más adelante, dentro de los albergues no faltaron los “profesionistas de la agitación”. Al interior de los albergues se hospedaban “buenos obreros” vistos como víctimas tanto de la situación económica como de la ineptitud política de las autoridades, pero también moraban aquellos agentes de la revolución social. Tanto en la práctica como en el discurso, las acciones revolucionarias y la reacción de la élite se manifestaron en la figura del cesante. Los obreros nortinos, a quienes se les colocaba en las faenas agrícolas del centro y del sur del país, hicieron brotar esa “semilla de la revolución”, a la que aludía la prensa obrera (El Socialista, 2 de mayo de 1921, citado por Grez, 2011, p. 148).

Cesante de la crisis del salitre, ¿legionario de la revolución?

En mayo de 1921, *El Despertar de los Trabajadores* expresaba con entusiasmo que una “legión de revolucionarios” había invadido los campos del sur propagando la revolución social: “felizmente a estas horas, vagan hambrientos quizá, más de diez mil propagandistas, que en contacto con el proletariado de los campos, sabrán hacerlos venir a las filas de nuestra gloriosa revolución renovadora” (El Despertar de los Trabajadores, 13 de mayo de 1921, p. 1). La crisis del salitre era vista como una oportunidad única para que los obreros cesantes, federados o socialistas, lograran convertir al campesinado chileno en un agente de cambio revolucionario.

En efecto, no fueron pocas las quejas que los enganchadores tanto del norte como del sur emitieron respecto al carácter subversivo de los obreros del salitre. En una circular, el secretario de la Junta Local Salitrera de Iquique enfatizaba en la importancia de que los trabajadores que buscaran colocación en las oficinas del salitre deberían tener un carnet que atestiguara sus “buenos antecedentes”. De esta manera se buscaba “proteger al elemento sano y buen trabajador, quienes por lo general, tienen que sufrir las consecuencias provocadas por un elemento malo, descontento y subversivo” (Dirección General del Trabajo³, v. 60, 3 de octubre de 1919, s.f.). Por su parte, los hacendados del sur, como el viñatero Miguel Bustamante, explicaban que podían ofrecer trabajo y cómodos albergues a los obreros cesantes, “siempre que no sean de los de la clase maximalista que arrojan las ciudades” (DGT, v. 66, 8 de enero de 1921, s.f.).

El interés de terratenientes por evitar en lo posible que los cesantes del norte tuvieran cualquier tipo de contacto con el campesinado atiende, principalmente, a las experiencias de huelgas agrarias que se desarrollaron en 1921 (ver

3 En adelante DGT.

Grez, 2011, p. 151). No es casualidad que dentro del Parlamento rápidamente se pusiera de manifiesto un temor y malestar frente a estos eventos, ya que algunos de los terratenientes afectados por las huelgas eran parte de la cúpula política: Alberto Vial Infante, del Partido Conservador, llegó al Congreso en 1924; Joaquín Echenique, senador por Santiago; Rafael Errázuriz, político conservador, quien había hecho enormes fortunas a través de la producción vinícola y de los negocios de la minería; Eleodoro Yáñez, abogado, político y periodista liberal fundador del diario *La Nación*, propietario del fundo Lo Herrera.

En cuanto a las relaciones laborales que se establecían con los nuevos trabajadores del norte, en muchas ocasiones el hecho de estar adscrito a la Federación de Obreros de Chile era motivo para los patrones de despedir a sus operarios. Un funcionario de la Oficina del Trabajo describe que, con el objetivo de atender el pago por desahucio a dieciséis obreros despedidos del mineral de cobre “El Teniente”, acudió al local de la FOCH en la ciudad de Rancagua, en donde se encontró con otros trabajadores desocupados quienes manifestaron que “era completamente inexacto que se les hubiese despedido por predicar ideas malsanas y mucho menos por tratar de provocar huelgas en el mineral. Agregaron que el único motivo que había tenido la Compañía para despedirlos del trabajo, era porque pertenecían a la Federación Obrera de Chile”. Por su parte, el señor Johnston, director de la *Braden Company*, argumentó que el despido de los dieciséis trabajadores se debió a su carácter subversivo, “y especialmente, por haberseles sorprendido a la entrada de la mina, armados de fierros y otras armas, amenazando a sus demás compañeros con el objeto de obligarlos a no trabajar” (DGT, v. 70, 25 de noviembre de 1921, s.f.).

Al interior de los albergues de Santiago se presenciaron ciertas prácticas políticas que, igualmente, fueron catalogados por distintos medios como revolucionarias. Es importante considerar que, así como la mayoría de los obreros que vivían en los conventillos, la privacidad al interior de los albergues prácticamente no existía, por lo que se desarrollaban relaciones sociales a partir de sus experiencias comunes. Los albergues se convirtieron en espacios importantes de sociabilidad y de organización colectiva. Más aún, siguiendo los planteamientos de James Scott (2007, p. 144), se puede considerar a los albergues como un *espacio social para la disidencia*, en el que el subordinado puede encontrar refugio a las humillaciones de la dominación, en donde “todos tienen un interés común en crear un discurso de la dignidad, de la negación y de la justicia”.

Las expresiones de solidaridad y organización política de los albergados fueron visibles en muchas ocasiones. Uno de los casos más claros fue el del albergue de la calle Huérfanos, uno de los de mayor población. Ahí los residentes conformaron un comité presidido por el señor Landeros; los inspectores comisiona-

dos por la Oficina del Trabajo que visitaron el albergue señalaron que Landeros, “como presidente que es, instiga a los cesantes a que no abandonen el albergue, aduciendo, como fundamento, entre otras, las siguientes causales”:

Que se le suscribiera un contrato a cada uno de los obreros, a fin de que no les ocurriera lo que a él, en las obras del Canal del Melado, donde [...] no se le cumplieron las condiciones estipuladas; que se nombraran los mayordomos y capataces de las faenas de camino, debiendo elegirse este personal de entre los obreros albergados; que se les asignara un mayor jornal a los obreros casados, pues, sostiene, que el jornal de \$4.50 que se paga a estos trabajos, no les alcanza para alimentar a sus familias; que se les proporcionara trabajo, de acuerdo con las profesiones de los albergados; que no aceptasen los obreros contrato alguno, mientras, previamente, el comité que él preside, no fuera a verificar, en el terreno mismo, si había o no conveniencia en salir a trabajar en las condiciones ofrecidas por nosotros [funcionarios de la Oficina del Trabajo] (DGT, v. 79, 11 de abril de 1921, s.f.).

En este informe, los inspectores recomiendan evitar en lo posible la conformación de comités y la presencia de obreros como el “instigador” Landeros. Para los funcionarios de la Oficina del Trabajo, este tipo de “campañas” dificultaban en buena medida la efectiva colocación de los trabajadores que se encontraban al interior de los albergues. En el mes de abril de 1921, por ejemplo, se despacharon doscientas tarjetas de colocación a los obreros de este albergue para construir el camino de Colina y cincuenta más para el de Malloco. A la primera faena acudieron únicamente cincuenta y ocho hombres y a la segunda catorce. Por el contrario, en el albergue de la calle Bacuñan, “debido a que la policía no ha permitido la formación de comités”, los funcionarios de la Oficina pudieron contratar sin mayor problema a cien obreros para el Parque Cousiño, veinte para el Camino de las Hornillas y cincuenta para San Pablo esquina de Blanqueado.

Lo anterior muestra que tanto la Oficina del Trabajo como la policía encargada de los albergues se preocuparon por controlar la organización política de los obreros cesantes, incluso aunque no se considerara “revolucionaria” o peligrosa para el orden social. Más bien, se trataba de resolver un problema de practicidad y efectividad en la “misión” de ocupar el mayor número posible de trabajadores en otras faenas, a veces sin importar el sueldo, el trato o las condiciones laborales a las que eventualmente se enfrentarían. La medida que se tomó para evitar la “instigación” en el albergue de Huérfanos fue solicitar la presencia del señor Rodríguez, Sub Comisario de la sección correspondiente. Se relata que “con la energía desplegada por este jefe de policía [...] y en ausencia de Landeros, logramos colocar 100 hombres para el camino de Santa Rosa” (DGT, v. 78, 11 de

abril de 1921, s.f.). La presencia del policía Rodríguez y la misteriosa ausencia del instigador Landeros es un reflejo de la dinámica para controlar el movimiento de colocación de los albergados: de manera simbólica o concreta, era necesario que la fuerza institucional estuviera presente al interior de los albergues.

Por otro lado, es importante hacer notar que las exigencias manifestadas por el comité que presidía Landeros tienen que ver con una experiencia previa en el albergue y con su colocación en otras obras públicas. Esto sugiere que en buena medida las protestas concretas de los albergados tenían que ver con su carácter de obreros cesantes, sin ser, en un principio, propagadores del socialismo con el que muchos de ellos ya estaban familiarizados en el norte salitrero. Sin duda, la creación de comités entre los albergados refleja una consciencia de organización política que busca la dignificación de las relaciones laborales, pero no necesariamente guarda un carácter revolucionario.

Los reclamos de los obreros cesantes se hacían escuchar día a día en el local de la Oficina del Trabajo. Señalaban que los patrones no cumplían con el pago del salario acordado o de indemnizaciones. De esos reclamos cotidianos, sólo algunos se presentaban por escrito, solicitando así la intervención de la Oficina como mediadora para solucionar los conflictos. Por ejemplo, Delfín Vázquez y Manuel Durán, quienes se encontraban trabajando en las obras del Canal del Maule, argüían que el ingeniero encargado no les había pagado por los trabajos ya ejecutados; en octubre de 1921, veinte obreros que trabajaban en las faenas de caminos de Talca, “fueron suspendidos violentamente de su trabajo”, por lo que reclamaban el pago de su indemnización; también, en el mismo mes, Jacinto Semir, Rodolfo Gutiérrez, Juan Bravo, Erasmo Pérez y Albino Armijo, fueron despedidos de la Compañía Nacional de Fuerza Eléctrica por “haber solicitado mejoramiento”, y reclamaban a su vez el pago por desahucio (DGT, v. 70, noviembre de 1921, s.f.).

Otra forma de organización de los albergados se expresó en el local de Matucana 100. Como parte de una investigación general sobre los albergues, los reporteros de la revista *Sucesos* visitaron, entre otros, el albergue mencionado. Al querer entrar, los periodistas se encontraron con una autollamada “guardia roja”, la cual estaba constituida por mujeres y hombres del albergue con el objetivo de vigilar la puerta y evitar la entrada de “intrusos”. El obrero entrevistado explica que la guardia roja “es una guardia que tenemos nosotros los obreros para que no vengan aquí a meterse los oligarcas que nos quieren matar de hambre”. A la pregunta de quién ha autorizado la existencia de esa guardia, el albergado expresa: “Nadie, pues... Nosotros los obreros somos libres. A nosotros no nos manda nadie” (*Sucesos*, 27 de octubre de 1921, s.p.). Más adelante, la narración de *Sucesos* ofrece al lector un tono irónico al hablar de la seriedad tanto de la guardia roja

como de los mismos policías de los albergues: “Un cigarrillo obsequiado al jefe de la <<guardia roja>>, unas cuatro palabras al grupo que en actitud amenazante nos ha detenido, y se nos permite el acceso al albergue. Un guardián de la policía, sentado en una enorme piedra espera tranquilamente la llegada de su relevo”. Para los reporteros, parece que las dos guardias que existían en los albergues, la de los obreros y la de los policías, fueron poco eficientes y responsables con sus tareas de vigilancia, ya que a unos se les corrompe con un tan sólo un cigarrillo y los otros parecen poco preocupados por la conformación de “guardias rojas” y por el aparente poder que están ejerciendo los obreros en los albergues.

Sin embargo, en contraposición al tono efímero que se percibe en *Sucesos*, las intervenciones que se escucharon en el Congreso estaban cargadas de una preocupación por la creación de guardias rojas, cuyo nombre evidentemente referenciaba al bolchevismo ruso. Gonzalo Bulnes afirmaba que, según la información que tenía, un pequeño pero muy activo número de elementos comunistas había “constituido guardias rojas en los diferentes albergues de la ciudad, obligando a todos los demás a seguirlos y apelando a los que no se someten a sus dictámenes”. Aunado a eso, la incertidumbre parlamentaria advertía también sobre el carácter antipatriótico de los albergados manifestado en el canto nocturno de *La Internacional*: “se oyen cantar canciones comunistas que escarnecen el culto a la bandera”, expresaba el señor Bulnes (Diario de sesiones de la Cámara de Senadores, sesiones del 23 y 24 de agosto de 1921, citado por Pinto, 2007, pp. 218-219).

En junio de 1921 se hallaron veinte cartuchos de dinamita en el interior del mismo albergue, lo que confirmaba las crecientes sospechas de *El Mercurio* respecto de “la existencia de ciertos elementos malsanos entre los obreros cesantes que se hallan alimentados y vestidos por el Gobierno en los diversos albergues que se han habilitado en la ciudad”. Así, a pesar de la supuesta minoría que representaban los obreros “subversivos” frente al total de población en el albergue, políticos y la prensa liberal hicieron notar su incertidumbre frente a un peligro de rebelión o atentado al orden social.

De manera similar, el diputado demócrata Oscar Chanks aseguraba que entre los albergados había quienes denunciaban encontrarse bajo un régimen de “tiranía proletaria”, el cual había sido implementado por federados y socialistas, quienes los golpearon por el sólo hecho de participar en “desfiles patrióticos” (Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, 17 de agosto de 1921, pp. 1735-1736). En este sentido, es importante percibir de qué manera los albergados fueron políticamente representados desde la oligarquía parlamentaria.

Por otro lado, la afirmación de Chanks permite inferir que existían diferencias políticas e ideológicas al interior de los albergues. La participación de

albergados en “desfiles patrióticos” y el desencuentro de éstos con las prácticas de los albergados federados o socialistas guarda sentido si tomamos en cuenta que, según los informes de la Oficina del Trabajo, los albergados eran contratados constantemente como rompehuelgas. Y es que, como bien ha matizado Pinto, no todos los albergados cantaban “La Internacional” hondeando la bandera rojinegra. Existen dos ejemplos claros al respecto. El primero es que a mediados de 1921 un comicio público de albergados entregó al presidente Alessandri un documento en el que se aseguraban que “ya no queremos oír hablar más de socialismo, de anarquismo, de soviétismo, de nada que signifique el establecimiento de ninguna tiranía”, solicitando así la intervención del Gobierno para que “ponga término a la propaganda revolucionaria que se hace en nuestros albergues por los agitadores de oficio que viven explotando a los obreros” (El Nacional, 1º de septiembre de 1921, citado por Pinto, 2007, p. 223). Por lo tanto, es importante recalcar que los albergados no eran un grupo homogéneo política e ideológicamente. Existieron claras diferencias al interior mismo de los albergues, las cuales expresaron una mayor tensión en la segunda mitad de 1921. El segundo caso a conocer es descrito por el senador Bulnes. Según dijo, un grupo de albergados le afirmó que existen cesantes “que dicen ser socialistas, los cuales predicán a cada momento sus doctrinas antipatrióticas, abolición del Ejército, Marina, Policías, el odio implacable a la Burguesía, como ellos dicen, y la abolición del actual régimen gubernativo [...] Quieren hacer de los albergues un centro o choclón político para sembrar el odio” (Diario de sesiones de la Cámara de Senadores, 23 de agosto de 1921, citado por Pinto, pp. 223-224).

Dentro del Congreso, así como Chanks y Bulnes, otros senadores repetían y reforzaban el discurso que se había construido años anteriores en torno a los sujetos “subversivos”, “revolucionarios” o “comunistas”, en tanto que éstos eran considerados como “falsos apóstoles de la redención” que pretendían engañar a la multitud proletaria, añadiendo el sentido “antipatriótico” en sus consignas. Sin embargo, a partir de la primavera de 1921 se empezó a escuchar otro tipo de opinión respecto a la situación de los albergados en el interior mismo del Congreso.

Los albergados: federados y socialistas

Nosotros, los llamados subversivos, los agitadores, queremos que la multitud proletaria salga de la desgracia en que vive; queremos conquistar un nuevo mundo. (Luis V. Cruz, Cámara de Diputados, 8 de julio de 1921).

A mediados de 1921, los dirigentes socialistas Luis Emilio Recabarren y Luis V. Cruz viajaron a Santiago para ocupar un asiento en el Parlamento como di-

putados de Antofagasta y Tarapacá, respectivamente. Su llegada a la ciudad no pasó desapercibida. Según *El Socialista* de Antofagasta, una multitud de alrededor unas diez mil personas, compuesta por federados y cesantes, salió a recibir a Luis Emilio Recabarren en la estación de ferrocarriles de Santiago. Desde ahí, el diputado emitió un discurso en el que se refirió a la matanza de San Gregorio —ocurrida en enero del mismo año en la región de Antofagasta—, y al supuesto intento de políticos conservadores por impedir la entrada legal de Recabarren a la Cámara de Diputados (El Socialista, 16 de junio de 1921, citado por Pinto, 2013, p. 206).

La llegada al Parlamento de dirigentes del POS y miembros de la FOCH marcó una ruptura con la antigua cultura política parlamentaria y expresó, a su vez, el interés de los socialistas, ya previamente estipulado, en hacer uso de las instituciones de la burguesía a manera de caja de resonancia del malestar y las reivindicaciones populares. Para Recabarren era muy claro que el bienestar de los trabajadores “sólo depende de sus fuerzas organizadas, y que su representación en el Congreso y en las municipalidades burguesas sólo tiene un carácter de crítica y control que muy poco beneficio reporta al proletariado” (El Socialista, 23 de febrero de 1921, s.p.). Por su parte, parlamentarios como Bulnes y Chanks consideraban que estos diputados llegados del norte, en suma ya conocidos, no eran sino propagadores de ideas “absurdas” que promovían el desorden social.

Como bien apunta Julio Pinto (2013, p. 207), “la cuestión social, en sus diversas facetas, conmocionaba por aquellos días intensamente los salones de la Cámara de Diputados”. Otra vez, los albergados aparecían como un problema central en el marco del debate sobre la cuestión social. Si bien una de las mayores preocupaciones de los parlamentarios tenía que ver con que los albergues se habían convertido en “focos de infección” debido a las pésimas condiciones higiénicas en las que se encontraban, la cuestión social de los albergados mostró su lado político. La discusión se nutrió de otras perspectivas y opiniones expuestas por socialistas en la Cámara de Diputados, pero además salió de las puertas del Parlamento para hacerse presente en las calles y plazas públicas con tarimas improvisadas.

Al interior del Congreso, Recabarren expresó su indignación por el estado en el que se encontraban viviendo los obreros y sus familias dentro de los albergues. Manifestó que a pesar de haber cooperado “a la producción enorme del salitre durante tantos años, produciendo miles de millones de pesos, [los albergados] se hallan peor que los animales, ¡se encuentran allí peor que en un chiquero de chanchos!” (Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, 12 de agosto de 1921, p. 1687). Los obreros, “el alma del progreso”, se encontraban en condiciones que poco tenían que ver con las bondadosas expectativas del progreso liberal.

Pero los gestos de solidaridad y afecto por parte de Recabarren hacia los albergados no se quedaron en los discursos parlamentarios. El político socialista Elías Lafferte, quien años antes había trabajado en las oficinas del salitre, describe la visita que hizo él junto con Recabarren el 1º de mayo de 1922:

Fuimos a visitar los albergues, donde el gobierno de Alessandri mantenía en pésimas condiciones de vida y de salubridad a los obreros del norte que había traído a Santiago a raíz de la paralización de numerosas oficinas salitreras. Estuvimos en tres albergues, donde encontré a algunos viejos compañeros de mis días de pampino. En todos ellos acogían a Recabarren con grandes demostraciones de cariño y respeto. En la tarde fuimos a un mitin en la Alameda, donde Recabarren pronunció un discurso lleno de contenido y agitación (Lafferte, 1961, p. 156).

La postura política de Recabarren y la estrecha relación de éste con el proletariado de la capital preocupaban a buena parte de los senadores. Incluso, señala Pinto, apenas unos meses después de que inició su labor parlamentaria, Recabarren se enfrentó a una campaña de desprestigio, emanada supuestamente de círculos obreros, con la finalidad de trasladar a las calles las acusaciones que propagaban sobre él al interior del Congreso. A través de una junta llamada “Gran Federación de Obreros de Chile” los suscriptores exigían el desafuero de Recabarren y Luis V. Cruz, así como la censura de los políticos del Partido Radical Santiago Labarca y Domingo Durán, por su condición de “anti-patriotas y promotores de huelgas” (Pinto, 2013, p. 213).

En respuesta a ello, los dirigentes socialistas, a través del diario *La Federación Obrera*, manifestaban que esa operación de desprestigio provenía del “pueblo inconsciente”: “unos cuantos desgraciados, andrajosos y miserables”, quienes en lugar de ser solidarios y leales a su condición de clase, levantan la “bandera de la reacción” para defender “el poder del capitalismo” (La Federación Obrera, 15 de septiembre de 1921, citado por Pinto, 2013, p. 213). Por su parte, el diputado Chanks hizo un llamado a “todos los elementos de orden y trabajo, sin distinción de colores políticos ni religiosos”, para seguir apoyando “la gran obra empezada por mí en el Parlamento, contra los agitadores sin patria”: hay que acudir en masa para exigir castigo a estos “representantes réprobos del pueblo, que sólo predicán la revolución y el desmembramiento de nuestro territorio” (Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, del 27 de octubre de 1921, p. 142).

Y así como la “Gran Federación de Obreros de Chile” logró convocar alrededor de seis mil “proletarios patriotas”, unos días después un “Comité de obreros cesantes” de tendencia fochista logró reunir, según el conteo de *La Federa-*

ración Obrera, a 20 mil obreros, quienes se dirigieron a La Moneda para pedir directamente al presidente Alessandri la aplicación de acciones de colonización de tierras fiscales y la construcción de obras públicas, con la finalidad de generar paliativos a la crisis del salitre. Se trataba, pues, de aquellos días en que se celebró la Fiesta de Primavera a la que se refirió la revista *Sucesos*, en donde todos salieron alegremente a la calle con sus máscaras: “Y la comparsa de todas esas mascaradas”, señala el articulista, “las forman los albergados, los pensionistas del Gobierno” (*Sucesos*, 20 de octubre de 1921, s.p.).

En efecto, además de la creación de “guardias rojas”, al interior de los albergues se conformaron “consejos” de cesantes que eran organizados por la FOCH, los cuales, según el historiador Gonzalo Vial (1987, p. 229), protagonizaron “continuos incidentes”. El Consejo referido era el no. 28, en el cual se organizaban los albergados. Junto con federados, miembros del POS, anarquistas, políticos demócratas y radicales, los albergados del Consejo no. 28 se hicieron presentes en las demostraciones públicas, en las cuales se pronunciaron discursos incendiarios y en no pocas ocasiones hubo duros enfrentamientos con policías de la ciudad.

El movimiento de masas en las calles de Santiago no cesó con los desfiles primaverales. Unas semanas más tarde, en conmemoración del cuarto aniversario de la Revolución bolchevique, se llevaron a cabo dos comicios que organizaron el POS y el Consejo no. 28 de la FOCH. Alrededor de las ocho de la noche, los manifestantes se juntaron en trece puntos de la ciudad para después arribar hacia la Alameda. Durante la marcha, que era adornada con banderas y musicalizada con “cantos revolucionarios”, los grupos de manifestantes estaban siendo custodiados por policías, quienes “tenían órdenes terminantes de proceder contra ellos si se provocaban atentados contra los edificios de las legaciones extranjeras que se encontraran en su camino” (*La Federación Obrera*, 8 de noviembre de 1921, citado por Grez, 2011, pp. 143-144).

En cada uno de esos trece puntos de reunión se llevó a cabo un acto político en donde dirigentes y representantes de distintas organizaciones políticas y obreras emitieron enérgicos discursos. Según los informes de la Sección de Seguridad de la Policía, en la esquina de las calles Maestranza (ahora Portugal) con Diez de Julio se reunieron Julio Francisco Piña y otros miembros del Partido Demócrata; en la Plaza Almagro, participó el secretario general de la IWW; en Plaza Yungay habló un representante de los albergados, seguido de Cástor Villarín, Secretario General de la Junta Provincial de la FOCH; en la esquina de avenida Matta con Arturo Prat habló, entre otros, el demócrata Manuel Jesús Navarrete, quien animaba al público de unas doscientas personas a acabar con los burgueses “que están comiendo los pulmones de los trabajadores”; en Alameda con Bascañán habló el secretario del POS, Roberto Salinas, quien advirtió que

la Sección de Seguridad “se mezclaba en esas reuniones y que si llegaban a sorprender a algún agente dentro del *meeting*, le darían su merecido”; finalmente, a la esquina Bascuñán con Blanco Encalada llegó Luis Emilio Recabarren, quien, según los informes de la policía, pidió a los asistentes que inculcaran a sus hijos las ideas comunistas para que se estableciera el régimen del soviét (Informe de la Sección de Seguridad, citado por Grez, 2011, pp. 142-145).

Una vez que terminaron los discursos, los manifestantes se dirigieron a la plaza Vicuña Mackenna. Desde una tribuna improvisada, los diputados Labarca y Recabarren hablaron ahí a un público que escuchaba atento. A diferencia de las arengas previas, en las cuales se hacía especial alusión al pueblo ruso que celebraba el aniversario de su revolución, esta vez los oradores manifestaron con encono que Arturo Alessandri no había cumplido con las promesas que hizo durante su campaña presidencial y que, por lo tanto, él era el culpable de la penosa situación del proletariado chileno (El Diario Ilustrado, 8 de noviembre de 1921, citado por Grez, 2011, p. 146). Para federados y socialistas, el “León de Tarapacá”, como se le apodaba a Alessandri, empezó a considerarse como parte de la misma fauna oligárquica.

Los albergados fueron protagonistas de por lo menos otras tres demostraciones de protesta, las cuales terminaron en francos enfrentamientos con la policía. No obstante, la protesta en la cual se generó un incidente más grave ocurrió a finales de noviembre en Peñaflor, una localidad rural de la provincia de Santiago. Dirigidos por la Junta Provincial de la FOCH, alrededor de ochocientos albergados, hombres y mujeres, recorrieron a pie 30 kilómetros para llegar a dicha localidad. La finalidad era participar en un *meeting* de protesta por las precarias condiciones en la que se encontraban los inquilinos de Peñaflor. Al paso de cinco días, con la intención de solidarizarse con los trabajadores que previamente ya habían iniciado una huelga, los albergados federados llegaron al fundo Lo Herrera, propiedad del senador Eleodoro Yáñez. Los carabineros hicieron acto de presencia y violentamente reprimieron a los manifestantes, de cuales hubo muchos heridos, catorce desaparecidos y un muerto: el albergado Reveco.

Indignados, los miembros de la FOCH organizaron una romería en el local de la federación, además de que se llevó a cabo un acto de protesta por el asesinato de Reveco en la entrada del Cementerio General con tribunas improvisadas. Estuvieron presentes Cástor Vilarín, Luis V. Cruz, Roberto Salinas y algunos dirigentes de organizaciones como la IWW o la Federación de Pintores, lo cual expresa la solidaridad anarquista.

Tanto Salinas como Luis V. Cruz culpabilizaron a Yáñez por la muerte del señor Reveco. Salinas añadió a su vez que “los obreros albergados habían intenta-

do ir al fondo de este feudal para dar a conocer a los campesinos los acuerdos de sus compañeros de la capital que estaban dispuestos para ayudarlos en su emancipación social”. Según el secretario del POS, “las autoridades habían impedido de viva fuerza el contacto entre los albergados y los campesinos, provocando la muerte de Reveco y la desaparición de catorce trabajadores, que probablemente habían sido arrojados al Zanjón de la Aguada” Por su parte, el representante de los panificadores de San Bernardo, se manifestó en contra del presidente Alessandri, achacándole que durante su campaña había prometido “que ampararía en todo momento a las clases trabajadoras y que haría respetar la Constitución del Estado; pero esa palabrería de amor fecundo se había desvanecido, siendo él el causante principal de las masacres ocurridas en Lota, San Gregorio y la que hoy lamentaban” (Informe de la Sección de Seguridad, Intendencia de Santiago, citado por Grez, 2011, p. 149).

Este evento quedó plasmado en los *Recuerdos de gobierno* de Arturo Alessandri. Según la versión del presidente, los albergados habrían ido al fundo “Lo Herrera” a asaltar las casas, por lo que era necesaria la intervención de la fuerza pública, ocasionando así un choque entre la policía y los obreros:

Resultó de ese choque un muerto, que desearon sus compañeros enterrar con gran pompa y solemnidad, fijando un recorrido contrario al establecido por la autoridad, circunstancia que motivó la postergación del sepelio del fallecido. De orden del Director de Sanidad, tratándose de un cadáver en franca descomposición en el edificio de la Federación Obrera, ubicado en la calle Tenderini, la policía extrajo a la mañana siguiente el cadáver del obrero y lo llevó al cementerio. Por la tarde hicieron una romería de poca importancia los compañeros del fallecido, y quedó así terminado el incidente (Alessandri, 1967, pp. 78-79).

La versión de Alessandri resulta no sólo menos apasionada, sino que refleja a su vez la ausencia de una empatía hacia la víctima del incidente; se pone de manifiesto un distanciamiento entre el mandatario y su “querida chusma”. En efecto, aquella confianza que alguna vez depositaron en Alessandri los sectores obreros y los dirigentes federados y socialistas se resquebrajó a lo largo de 1921. La “luna de miel” estaba llegando a su fin.

Los albergados frente al Alessandrismo

El triunfo de Arturo Alessandri en las elecciones presidenciales de 1920 constituye un episodio coyuntural en la historia política del proletariado chileno. En su novela *El año 20*, Luis Enrique Délano (1973, pp. 15-16) menciona que:

No se puede negar que lo llenó todo y que en un momento nadie hablaba sino de Alessandri: los diarios, los políticos, los estudiantes, los obreros, *los albergados*, donde uno fuera. La candidatura del León hacía temblar a los senadores, a los ministros, al presidente, los curas, los pacos, las buenas familias, las beatas, los conservadores y yo creo que llegó un momento en que hasta los propios liberales pensaron que se habían equivocado con él...

¿Cuál fue la relación de los albergados con el presidente Alessandri? La disyuntiva que se presentó para el movimiento popular organizado implicaba la posibilidad de apoyar al proyecto reformista de Alessandri, o bien, optar por la vía rupturista que suponía el socialismo y el anarquismo. Sin embargo, el ser miembro de la FOCH no significó que necesariamente estuvieran en contra del candidato y eventual presidente. Los discursos de Alessandri, cargados de un alto contenido social y constantes alusiones a la justicia y reivindicación de los sectores populares, propiciaron que incluso dirigentes del POS depositaran su confianza en esa figura que amenazaba a lo que parecía ser el enemigo en común: la oligarquía parlamentaria. En ese sentido, lo único claro es que tanto el alessandrismo como el socialismo “hicieron temblar” a la clase política tradicional, encarnada en el candidato conservador Luis Barros Borgoño y en la mayoría del Senado.

Con la melodía del “Cielito lindo” Alessandri llegó a la presidencia y con ello dio inicio la “luna de miel” prometida a decenas de miles de obreros. Sin embargo, al paso de los meses, la administración alessandrista parecía brillar por su ausencia, sobre todo en relación a las problemáticas de la cuestión social. Más aún, los trabajadores consideraban que el Ejecutivo estaba reprimiendo el movimiento obrero tal como lo hacían los gobiernos anteriores, desapareciendo así la confianza que en un principio le había brindado al mandatario. En junio de 1920, el periódico *La Opinión*, cercano a las organizaciones obreras, señaló que Alessandri no era sino “un jurado enemigo de la clase obrera y un oligarca de la más alta categoría” (*La Opinión*, 2 de junio de 1920, citado por DeShazo, 2007, p. 252).

El desfile de la primavera de 1921 —en donde los albergados se dirigieron a la Moneda y de ahí, bajo la indicación de Alessandri, fueron al Congreso— refleja, por un lado, que por lo menos hasta noviembre de ese año los albergados confiaban en la palabra del mandatario y que éste, a su vez, denunciaba desde los balcones del Palacio que los culpables de que no se llevaran a cabo las reformas necesarias se encontraban en el Congreso. Ricardo Donoso (1952, pp. 287-288) calificó a esta acción como “demoledora de las instituciones”, con la que “se pretendía estrangular la libertad de la tribuna parlamentaria”.

En cuanto a la cercanía de Alessandri con los albergados, si bien no fue tan clara y evidente como la de los dirigentes socialistas, algunos relatos permiten vislumbrar la gran influencia que tenía sobre los cesantes. El escritor Délano (1973, p. 17) expresó que “Nosotros [miembros de la FECH] movimos lo indecible para sustraer del alessandrismo a los albergados, para arrancarlos de esas quimeras, pero fracasamos”. Es decir que, por un lado, hubo un intento, acaso fallido, por acercar a los albergados al anarquismo de la Federación de Estudiantes; y por el otro, que en efecto el alessandrismo aparecía como un movimiento esperanzador para el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros albergados.

Esta premisa complejiza aún más la composición política de los albergados, demostrando que existió una heterogeneidad al momento de acercarse a algún bando político. Tanto las corrientes radicales socialista y anarquista, así como el discurso reformista de Alessandri, e incluso el conservadurismo de algunos senadores, intentaron incluir a su manera a los albergados en sus respectivas agendas o proyectos políticos. Sin embargo, la pugna por la politización de la clase trabajadora, sobre todo la de la industria del salitre, había presentado anteriormente disyuntivas bastante similares, pero en latitudes diferentes. Cinco años atrás, Alessandri fungió como senador por Tarapacá “sin pedirlo ni quererlo”, según sus propias palabras (Donoso, 1934, p. 59). Fue en esa candidatura senatorial en la que se ganó su apodo y se convirtió así en un político de masas. Al igual que Recabarren, Alessandri era para los albergados una figura cercana, sumamente conocida y considerada para muchas como un baluarte de la igualdad social. En 1920, los protagonistas de esa pugna se encontraban ahora en otra región y en otras condiciones políticas y sociales.

Como bien han señalado Valdivia y Pinto, la victoria presidencial de Arturo Alessandri “convirtió en política de Estado la noción según la cual la reconciliación entre patrones y obreros, entre ricos y pobres, constituía la única vía efectiva para evitar una revolución”. El discurso reformista de Alessandri prometía el reconocimiento e inclusión de los sectores populares y su protección estatal; sin embargo, previamente había que comprometerse a “despolitizar sus organismos de representación gremial, aceptar mecanismos institucionalizados de arbitraje y dejar el recurso a la huelga sólo como instancia final” (Valdivia y Pinto, 2001, p. 19). Adoptar el orden político propuesto por el alessandrismo suponía entonces el abandono de los ideales del socialismo de Recabarren y del POS.

El transcurso de los primeros años de gobierno de Alessandri muestra que en realidad hubo poca subordinación al orden social que se pretendía establecer. El proceso de radicalización de las principales organizaciones obreras propició a incrementar el distanciamiento entre los albergados socialistas con el proyecto conciliatorio de Alessandri. En diciembre de 1921 el Jefe de Resguardo del puerto

de Valparaíso confiscó a los obreros cesantes del norte alrededor de cuatrocientos ejemplares de la obra *La Tercera Internacional Comunista*. (Ministerio del Interior, vol. 5764, 19 de diciembre de 1921, s.f.). Este hecho no es más que una expresión del giro ideológico que daría el POS un mes más tarde, cuando se convierte en el Partido Comunista de Chile, lo cual significó la total adhesión a los estatutos de la Komintern (Grez, 2011, pp. 173-174).

Toda esta agitación política manifestada en las marchas, mítines, guardias rojas y comités organizados por los obreros cesantes, motivó a que se iniciara una fuerte campaña de desprestigio hacia los albergados a través de distintos medios; además de ello, se intentó ejercer un control más estricto en el interior de los albergues.

Desprestigio, confinamiento y control en los albergues

Además del rompimiento con las principales organizaciones obreras, el gobierno de Alessandri se enfrentó a una oposición implacable que se encargó de visibilizar y denunciar desde el Senado la “podredumbre” que había salido a la luz respecto al nuevo gobierno. Senadores como Ladislao Errázuriz achacaron a la nueva administración la preocupante situación financiera, criticando la constante solicitud de empréstitos para sostener al Estado, sumando que el mantenimiento de los albergues y de las obras públicas para paliar la cesantía se había elevado a un costo de cien millones de pesos. Además, desde el Senado se denunciaron los actos de corrupción, en donde sobresalió el fraude de los albergues en el cual se vieron inmiscuidos figuras muy cercanas al presidente (Donoso, 1952, p. 337).

Estas imputaciones no sólo tenían la finalidad de restarle credibilidad al gobierno de Alessandri; también sirvieron para recalcar la idea de que los albergues funcionaban como “focos de infección” fiscal, por lo que consideraban necesario el cierre definitivo de estos espacios de alojamiento para los obreros cesantes. Aún más, con el paso del tiempo empezaron a considerar que los albergues propiciaban el desarrollo de una actitud inmoral hacia el trabajo. Al respecto, el senador liberal Ismael Valdés argüía que el asunto de los albergues es un tema “muy importante para la vida de nuestra colectividad, más trascendental de lo que la opinión se imagina. Por el mantenimiento de estos albergues el Gobierno está alterando el *orden natural de la existencia humana*. Si el Gobierno aloja y alimenta un gran número de individuos ociosos, estos se acostumbran a no trabajar” (Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, 3 de mayo de 1922, p. 394). Los albergues, además de ser un peligro para la estabilidad del fisco, también se consideraron espacios de vicio y ocio.

Ilustración 1. El contraste de actualidad



Empleado público:

--Señora, tenga la bondad de esperar un poco, y luego le cancelaré su cuenta del despacho. El Gobierno tiene por ahora compromisos más importantes que cumplir.



El albergado:

Eh, guardián, haga que venga el orfeón para que acompañe a los niños a cantar la Internacional, y mientras tanto, tráigame una botella de champaña para despertar el vicio. ¡Vamos, ligero! ¿Para qué soy yo pensionista del Estado?

Fuente: "El contraste de actualidad", *Vida Nueva*, 9 de noviembre de 1921, p1.

El argumento de que los albergados no querían trabajar partía del hecho de que, en efecto, los cesantes preferían muchas veces quedarse en los alojamientos que ir a las faenas agrícolas u obras públicas, ya que los contratistas no cumplían ni con el pago de salario acordado ni con las condiciones laborales y de vivienda que ofrecían. Por otra parte, los cesantes del norte se negaban a recibir un salario que representaba apenas la mitad de lo que percibían en las oficinas salitreras. Algunos medios de comunicación consideraron esta acción como abusiva y egoísta; según su perspectiva, el trabajo, aunque con un salario mucho más bajo, debía ser aceptado por los obreros cesantes, sobre todo considerando los tiempos de crisis por los que estaban atravesando. Se pretendía, pues, sus-

traer el carácter de obreros a los albergados, representándolos como individuos ociosos que viven de manera lujosa con los recursos del fisco.

“¿Por qué no trabajan nada los pájaros?”, se preguntaba el senador Valdés. La respuesta es simple: la naturaleza les brinda todo lo necesario para que puedan sobrevivir; ocurre lo mismo con los hombres, ya que si “encuentran un Fisco que los alberga y mantiene, no trabajan, es claro, lo mismo que los pájaros cantores”. La única y gran diferencia es que “las aves entonan trinos que alegran la vida general; los albergados cantan “La Internacional” y otros himnos subversivos que amenazan la vida republicana...” Sin tapujos ni “eufemismos impropios”, el senador expresa que los albergados constituyen una “verdadera viruela social” (Diario de sesiones de la Cámara de Senadores, 3 de mayo de 1922, p. 394).

En contra de las acusaciones emitidas por la opinión pública y algunos senadores, los obreros cesantes, quienes fueron entrevistados por reporteros de *El Mercurio*, pusieron de manifiesto que “nosotros lo que queremos ante todo es salir de aquí, para encontrar en qué ocuparnos, porque somos hombres robustos y sabemos manejar la pala y la barreta y muchos son entendidos en diversos otros trabajos. Pero para pesar nuestro, nos vemos relegados aquí sin trabajar y sin poder salir”. En este caso, el impedimento para salir a trabajar no atendía a la inconformidad de las relaciones laborales, sino a la imposibilidad material para hacerlo; los albergados comentaron que los contratistas les exigían contar con las herramientas necesarias, tales como chuzo y pala, pero “viniendo de tan lejos, qué íbamos a poder traer herramientas” (El Mercurio, 6 de noviembre de 1921, p. 20). Otros más quisieron “salir a vender diarios y no hemos podido porque la policía nos detiene debido a que no tenemos nuestro carnet de identidad. Si no disponemos de lo necesario para comprar ni la más barata prenda de vestir, mal podremos disponer de cinco pesos para un carnet” (El Mercurio, 12 de agosto de 1921, p. 14).

La detención de los albergados por no llevar consigo el carnet de identidad es resultado del estricto control que ejercieron los carabineros, sobre todo para regular la salida y la entrada de obreros. La única identificación con la que contaban los albergados era una tarjeta otorgada por los administradores con la cual los obreros y sus familias tenían acceso a sus respectivos albergues y podían recibir su ración de alimento, pero que claramente no funcionaba como un carnet de identidad oficial (DGT, vol. 70, 7 de noviembre de 1921, s.f.).

La vigilancia de los cesantes se ejerció tanto en el interior como en el exterior de los asilos. *El Mercurio* aludía a que si bien los carabineros dejaban “amplia libertad a los albergados en su vida en los albergues”, los policías se encargaban de impedir los desórdenes dentro y fuera de los albergues, por lo que resultaba

necesario prohibir a los albergados salir en grupo a la vía pública (El Mercurio, 29 de noviembre de 1921, p. 3).

Después del incidente ocurrido en el fundo “Lo Herrera” en que se asesinó al albergado Reveco, se ejerció un control mucho más enérgico al interior de los albergues: “El cuerpo de carabineros ha efectuado allí la más admirable transformación, y en realidad aquellos campamentos [están] militarizados, divididos en calles y a su vez en departamentos o celdas para cada familia (...) Todo está allí reglamentado con minucioso *orden y severa disciplina*”, decía el articulista de *El Mercurio* (14 de mayo de 1922, p. 12).

Pero además de la vigilancia y la disciplina ejercida, también hubo un intento por reforzar los valores nacionales en los obreros considerados subversivos y apátridas. Para ello se realizaron “conferencias patrióticas” cada domingo y en el campo de deportes “la bandera nacional se iza solemnemente en todos los albergues... ya ha desaparecido de estos recintos la famosa bandera roja [...]. Estos albergues son del Estado y aquí no hay más bandera que la nacional” (El Mercurio, 14 de mayo de 1922, p. 12). Resulta importante destacar que existió un interés en acabar con cualquier símbolo político relacionado con el comunismo: ni folletos de intelectuales rusos, ni canciones subversivas, ni mucho menos banderas rojas; la moral patriótica y liberal debía entrar en los albergues “por la razón o por la fuerza”.

Conclusiones

Los albergues para obreros desocupados son una expresión sintetizada de las problemáticas sociales que se desplegaron en Chile como consecuencia del proceso de industrialización. En los países latinoamericanos, donde la población seguía siendo mayoritariamente rural, el crecimiento de la industria y de un capitalismo dependiente del mercado internacional impactó directamente no sólo en los campesinos que migraron del campo a la ciudad —o en este caso del campo al desierto salitrero—, sino en la nueva clase proletaria que parecía consolidarse en las primeras décadas del siglo XX. Las luchas por la reivindicación de los derechos laborales estuvieron acompañadas de una serie de condiciones que ponían de manifiesto la fragilidad social de estos sectores. Los albergues para obreros desocupados son historia condensada: ahí habitó, como fantasma, la cuestión social.

Los albergados fueron motivo de agitados debates entre políticos, dirigentes obreros, estudiantes, periodistas y distintos funcionarios del Estado chileno. En su mayoría, consideraron al albergado como un agente revolucionario. Ciertamente, como se mostró, muchos de ellos tenían una cercanía con el POS

y la FOCH, además de que en distintas ocasiones mostraron su solidaridad con los distintos grupos del proletariado chileno. No obstante, es importante considerar la heterogeneidad ideológica de los albergados, pues hubo algunos otros que simpatizaron con el presidente Alessandri o, incluso, mostraron una apatía política y un rechazo a las prácticas de los albergados más radicalizados.

En suma, la opinión pública chilena deja en claro que el tema de los albergues para obreros cesantes no fue un problema menor. Además, esta historia procuró rescatar en lo posible las voces, sentires y experiencias de los obreros albergados. Es importante visibilizar el malestar social del señor Landeros, quien presidió un comité de albergados; o la solidaridad del obrero Reveco en la huelga del fundo “Lo Herrera” que, debido a la represión desplegada, le costó la vida. Esta historia se trató de personas de carne y hueso, con nombre y rostro, que por mucho tiempo no han sido más que estadística, cifras de la historiografía. Los albergados, obreros de la pampa salitrera, hicieron su aportación a la “subversión del mundo”, la cual comienza, dice Rancière (2010, p. 20), “a esa hora en que los trabajadores normales deberían disfrutar del sueño apacible de aquellos cuyo oficio no obliga a pensar”.

Fuentes y bibliografía

I. Archivos

- Archivo Nacional de la Administración (ARNAD)
- Fondo: Ministerio del Interior
- Fondo: Dirección General del Trabajo

II. Hemerografía

- *Boletín de sesiones ordinarias y extraordinarias*, Cámara de Diputados y Senadores, Biblioteca del Congreso Nacional de Chile.
- *El Despertar de los Trabajadores*
- *El Mercurio*
- *El Diario Ilustrado*
- *El Socialista*

- *Sucesos*
- *Vida Nueva*

III. Referencias bibliográficas:

- Acosta, O. (2019). “No cesaremos de agitar”: la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile en tiempos de la cuestión social (1906-1921), en Meza I. y Moreno S. (coords.) *La condición juvenil en Latinoamérica: identidades, culturas y movimientos estudiantiles*, (pp. 189-214), IISUE, UNAM, México.
- Alessandri, A. (1967) *Recuerdos de gobierno. Administración 1920-1921*. Tomo I. Santiago: Nascimento.
- Craib, R. (2016). *The Cry of the Renegade. Politics and Poetry in Interwar Chile*. New York: Oxford University Press.
- De Diego, Peña y Peralta (2002). *La Asamblea Obrera de Alimentación Nacional: un hito de la Historia de Chile*. Santiago de Chile: Sociedad Chilena de Sociología/Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Délano, L. (1973). *El año 20*. Santiago de Chile: Pineda Libros,
- DeShazo, P. (2007). *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Donoso, A. (1934). *Conversaciones con Don Arturo Alessandri*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.
- Donoso, R. (1952). *Alessandri, agitador y demoleador. Cincuenta años de historia política de Chile*, Tomo II, 1ª ed, México: Fondo de Cultura Económica.
- Grez, S. (2011). *Historia del Comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)*, Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Lafertte, E. (1961). *Vida de un comunista. Páginas autobiográficas*. Santiago de Chile: s/e. Consulta 11 de mayo de 2020: http://www.luisemiliorecabarren.cl/files/La_vida_de_un_comunista_1ra_parte.pdf
- Lagos, M. (2012). *Los Subversivos. Las maquinaciones del poder. “República” de Chile, 1920*. Santiago de Chile: Editorial Quimantú.
- Monteón, M. (1982). *Chile in the Nitrate Era: The evolution of economic dependence, 1880-1930*, Madison: University of Wisconsin Press.

- Moraga, F. (2007) *“Muchachos casi silvestres”*. La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Morris, J. (1967). *Las élites, los intelectuales y el consenso. Estudio de la cuestión social y el sistema de relaciones industriales en Chile*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.
- Muñoz, V. (2011). *Cuando la patria mata. La historia del anarquista Julio Rebo-sio (1914-1920)*. Santiago de Chile: Editorial USACH.
- Pinto, J. (2013). *Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Pinto, J. (2007). *Desgarros y utopías en la pampa salitrera, La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Rancière, J. (2010). *La noche de los proletarios. Archivos del sueño obrero*. Traducción y notas de Emilio Bernini y Enrique Biondini. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Scott, J. (2007). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Traducción de Jorge Aguilar Mora. 2ª reimpresión. México: Era.
- Stickell, A. (1979) “Migration and Mining: Labor in Northern Chile in the Nitrate Era, 1880-1930”, Tesis de doctorado, Indiana University.
- Torres I. (2010). *El imaginario de las elites y los sectores populares. 1919-1922*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Valdivia, V. y Pinto, J. (2001). *¿Revolución proletaria o querida chusma?: Socialismo y Alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Vial, G. (1987). *Historia de Chile (1891-1973). Volumen III. Arturo Alessandri y los golpes militares (1920-1925)*. Santiago de Chile: Santillana.